



Seix Barral

Gioconda Belli

Un silencio lleno de murmullos





Seix Barral Biblioteca Breve

Gioconda Belli

Un silencio lleno de
murmullos

1

Mi madre me llamó Penélope. Le fascinaba el personaje de la ingeniosa esposa de Ulises tejiendo de día para destejer de noche y así engañar a sus pretendientes. Yo prefería al marido navegante. Me carga la idea de tejer y esperar eternamente, pero por esperar me quedé atrapada en Madrid. Fui de las últimas que entró antes de que cerraran el aeropuerto en marzo cuando se decretó el confinamiento por la pandemia. Había llegado de Nicaragua para ocuparme de los asuntos de mi madre muerta. Ella había fallecido en diciembre. En mi familia diciembre era el mes de morir. Mi abuela, mi padre, una tía y un tío murieron en esas fechas. Meticulosos hasta en eso de llegar al último mes del año para declarar la vida por terminada. No quise quedarme entonces. Me llevé las cenizas de mi madre para dejarlas en nuestro país y postergué mi regreso a España. Dejé que pasaran ene-

ro y febrero. Me dije que en marzo el clima sería más benigno y en abril llegaría la primavera. Por ser hija única a mí sola me correspondían los bienes de mi madre: la casa y su contenido, sus cuentas, la utilería del teatro de su vida que, de seguro, habría dejado dispersa y en desorden por esa su filosofía de vivir el presente que era cómoda para ella, pero un rollo para los demás. No había apuro, me dije. Poco podía imaginar que llegaría la pandemia y mi vida quedaría atrapada como el barco de Shackleton, mi explorador favorito, atorado en el hielo de la Antártida. No era una mala metáfora. La pandemia llegó como la Edad del Hielo. Había que permanecer refugiado de ese mordisco invisible de la muerte asediando en el aire y, peor aún, en el hálito del prójimo. Me costó aceptar mi mala suerte. Me había imaginado deambulando por Madrid, recorriendo el barrio de las Letras, Chueca, las librerías, el Retiro; en vez de eso me tocaba el confinamiento y esa época tipo distopía del fin del mundo. No podría vender la casa de mi madre en medio de la pandemia, pero al menos tenía un lugar donde quedarme, un coche también, cafetera, cocina, cama, almohadas. Y mi computadora: los zooms, los chats, las series. El siglo XXI había aniquilado la soledad a golpe de teclas. Uno tenía compañía hasta la saciedad, compañía y chismes y los *reels* de Instagram que no sabía cómo controlar para que me dejaran de mostrar las vidas de las celebridades y sus parejas perfectas. Un asco todos

los perfectos. Yo era tan flaca que, como decía un amigo, era de frente, filo, y de filo, nada. Me consolaba ver a Joyce Carol Oates. Ella era de mi equipo, del equipo de los endebles, raquíticos seres esqueléticos que, sin embargo, tenían mucho que decir o que escribir. A fin de cuentas, mi IQ era alto y aunque era flaca mi cara era de mejor ver que la de Joyce Carol Oates, con perdón de ella, que me cae muy bien, y que es una gran escritora, no hay duda. Me había dejado dos mechones de canas a lo Susan Sontag en mi pelo corto, oscuro y liso. Las gafas de marco negro, ancho y redondo, mi cara un poco larga, nariz y boca sin importancia me hacían una flaca con estilo.

Como editora de una editorial mediana, podía seguir haciendo mi trabajo a distancia. Por otro lado, vaciar de cosas personales un caserón cerca de la sierra, abandonado por la inesperada y definitiva partida de una dueña que gustaba de guardarlo todo, me mantendría ocupada la soledad. Así lo pensé al principio. No imaginé viajar al vientre de mi madre y descubrir cuánto más había allí que yo desconocía. No imaginé lo que sería sumergirme en las cuevas cuidadosamente selladas de una existencia interrumpida de súbito. No llegué preparada para un encierro donde los recuerdos se dejaran ver y el pasado se levantara por las noches haciéndome oír sus susurros.

2

Mi madre fue guerrillera en los años setenta, en la Revolución Sandinista, la última que triunfó en Latinoamérica. De joven tomó las armas y vivió en pocos años varias vidas. Cuando contaba sus recuerdos parecía que quien hablaba era un personaje centenario. Había sido una mujer de huesos grandes, alta, de brazos musculosos y piernas de corredora, con una energía incesante. Su rostro era imperfecto. Heredé sus ojos grandes y oscuros y sus pómulos altos, pero no las cejas tupidas, ni la nariz respingona, ni la boca ancha y carnosa, de labios delineados. A ella ese rasgo y una gestualidad desenfadada le conferían un aire sensual dentro de un cuerpo de atleta. Paradójicamente, su familia ostentaba una larga trayectoria al servicio de la dinastía de los Somoza, que gobernó Nicaragua de 1936 a 1979 y a cuyo último ejemplar, Anastasio Somoza, ella combatió. Su abuelo era famoso

porque manejó las confiscaciones a los alemanes cuando el fundador de la dinastía declaró la guerra a los países del Eje, entre ellos Alemania, el 7 de diciembre de 1941. El dictador se adelantó veinticuatro horas a la declaración de guerra de Estados Unidos luego del ataque japonés a Pearl Harbor. Semejante premura bélica fue un ardid para apropiarse de las tierras cedidas en 1852 a familias alemanas que iniciaron el cultivo del café. Las haciendas de los alemanes eran modelos de productividad. Mi bisabuelo fue el encargado de expropiarlas. Dos de ellas fueron el pago a su perruna fidelidad. Eran unas propiedades muy grandes, en las zonas altas del país, atravesadas por ríos, con hondas quebradas pobladas de árboles centenarios que daban sombra al café. Contaban con casas-haciendas de muros anchos, hermosas. Él las administró muy bien. Fueron la base para acumular una cuantiosa fortuna. Con el dinero llegaron otras inversiones y amigos potentados. «Era a mí a quien mandaba a atenderlos —me decía mi madre—. Yo era adolescente, pero él me usaba de señuelo, me exponía.» Se reía con su humor sarcástico. Entre ellos podría encontrar marido, bromeaba. «Tu abuelo era un asco —me decía con una dolida expresión de desprecio—. Tu abuela no se atrevía a enfrentarlo. Como pasaban mucho tiempo en sus haciendas en el campo, yo me quedaba durante la semana en la ciudad en casa de Marisa, mi mejor amiga. Su padre dirigía una estación de radio importante.

A esa casa llegaban poetas, cantantes y un profesor de historia erudito con un don excepcional para contar episodios nacionales con la verbosidad de un cuentacuentos. Eran opositores a la dictadura. Me trataban con cierto recelo. Empecé a relatarles lo que sabía de los negocios de Somoza. Me escuchaban con atención. Yo quería estar de su parte. Hacerles ver que era diferente a mi familia. Un día un grupo de universitarios se tomaron la radio del papá de Marisa. El ejército la rodeó. Él salió con los brazos en alto y pidió que no mataran a los muchachos, que se los llevaran, pero que no los mataran. Se metió el obispo a negociar y al final se los llevaron presos. Uno de los muchachos parecía el jefe, se llamaba Ajax. Al día siguiente se llevaron al papá de Marisa. Como a las dos semanas la Seguridad del Estado urdió el cuento del intento de fuga de Ajax. Lo mataron. La gente sabía que hacían eso. “Le aplicaron la Ley de Fuga”, decían. Recuerdo la foto en el periódico: la mamá con el cuerpo ensangrentado en los brazos porque la llevaron al patio de la prisión para que viera el cadáver. A los meses mataron al papá de Marisa porque su radio denunció el crimen. Apareció tirado en un camino, el cuerpo lleno de señas de tortura. Me radicalicé. Marisa y yo nos metimos en la resistencia contra Somoza. Después del bachillerato, Marisa se fue a estudiar al exterior. Yo decidí irme clandestina. Robé plata y armas de la hacienda y ése fue mi pasaje a la guerrilla. No volví más a mi casa.»

Yo la oía. Imaginaba lo que sería enemistarse con el propio apellido. Crecí oyéndola negar a su familia. No hubo para mí ni abuelos ni tíos ni primos. En el colegio un profesor joven, recién ungido revolucionario, un poco sádico en su fanatismo, fue quien se dio a la tarea de ilustrarme sobre la calaña servil de mi parentela. Afirmaba que quien había sido encargado de exhumar el cadáver del fundador de la dinastía, que el hijo se llevó en una maleta en el vuelo que lo sacó del país cuando huyó al saberse derrocado, había sido nada menos que mi abuelo, que también lo acompañó en su huida.

—Es verdad —me dijo ella, sonriendo con ironía—. Ahora decile que te cuente qué fue lo que hizo tu madre.

Al profe se le subió el color cuando se lo pregunté.

—Te dije lo de tu abuelo para que aprecies de cuánto se despojó tu madre para llegar a ser Comandante Guerrillera —uno de los títulos honoríficos de la Revolución Sandinista—. Ella liberó la segunda ciudad más importante del país con un Estado Mayor compuesto casi en su totalidad por mujeres. Cuentan que ella sola, desde la torre del comando a la que logró subir subrepticamente, eliminó, con su puntería de francotiradora, a los guardias que impedían la toma del último reducto somocista de León.

—Eso es lo que vale —le dije, orgullosa—.

Cuando mi mamá le da la espalda a algo, no vuelve la vista atrás.

Mientras vivió, amé y temí a mi madre. Mi amor de niña fue incondicional, lleno de admiración. Ya de adolescente empecé a resentir su devoción revolucionaria y sus incursiones por mi identidad. Pienso que temía que mis genes me traicionaran. Sentía que quería envolverme como hiedra, o comerme como planta carnívora. A mi padre lo habían matado en la lucha contra la dictadura somocista. No lo conocí, pero tuve varios padres, los amantes de ella que, en general, eran mimosos conmigo. Cuando llegaba a quererlos me daba por vigilar los ánimos de mi madre. Conocía perfectamente las señales de cuando se cansaba de ellos. Allí empezaba mi sufrimiento o mi labor de zapa a sus intenciones, remarcando lo bien que lo pasaba con X o Y, lo que aprendía con él. Me escuchaba y sé que retrasó más de una vez el final del juego por mí.

Ella cambió después de la revolución. El sandinismo estuvo en el poder de 1979 a 1990. En esos once años tuvo que vérselas con una guerra contrarrevolucionaria. Estados Unidos temía otra Cuba en el continente y armó a los descontentos que se oponían a los cambios. Impuso, además, un embargo comercial. Hubo muchas muertes, escasez: faltaban el pan, la luz eléctrica, el papel higiénico;

sobraba la arrogancia juvenil de los guerrilleros. Aun en medio de las dificultades, los sandinistas pensaron que ganarían en las elecciones de 1990. No fue así. La noche de la derrota electoral, el 25 de febrero de 1990, cuando el conteo de votos dio la victoria a Violeta Chamorro, candidata de la oposición, fue, para mi madre y sus compañeros, como el terremoto que destruyó Managua, la capital, en 1972. El edificio que contenía sus sueños y sus proyectos de vida, ese que siempre estaba en construcción, y que a ella le ocupaba más tiempo del que disponía, cayó estrepitosamente. Fueron días de duelo. Los amigos llegaban, lloraban sacudidos por la incredulidad. Parecía que se les acababa el mundo. Yo era una chavala de quince años. Había crecido dentro de la revolución, como en un escenario magnífico. Era la mascota del grupo. Me llevaban a las manifestaciones multitudinarias. Me compraban helados o refrescos. Desde mi infancia los había visto actuar como profetas. Se juntaban en mi casa a tomar ron y a discutir cuestiones que yo apenas entendía, pero que me inspiraban la idea de que todos ellos eran como los héroes de los cómics desafiando y destruyendo monstruos. Mi corto entendimiento no lograba comprender que el pueblo hubiese votado por el fin de la revolución, que ya no quisiera más esa romántica época de júbilo en las plazas y gente que proponía acabar con la pobreza. Buscaba, en medio del lamento de los adultos, alguien que me explicara la derrota.

Poco tiempo transcurrió antes de que la desilusión y el desconcierto echaran raíces entre los que habían sido compañeros. La camaradería dio paso a amargas discusiones. El tinglado que antes parecía sólido se agrietó. En su afán de salvarse de la debacle, Daniel Ortega se hizo todopoderoso. Lo que había sido un heroico movimiento guerrillero se transformó en un informe partido político. Menos mal que, en medio de la dispersión y de buscarse otra vida, mi madre se enamoró, a mediados de los noventa, de un arquitecto español. Ella había vivido en España de joven. Apenas hablaba de ese tiempo. Lo recordaba como el peor de su vida. Quería borrarlo de su memoria. En aquella época la revolución la salvó, solía decir. Bromeaba por lo irónico de que España la salvara de nuevo, esta vez del fracaso de la revolución. A mí me pareció mentira la facilidad con que se marchó de Nicaragua con su nuevo amor, como si se tratara de Sodoma y Gomorra y ella estuviera decidida a no cometer el error de la mujer de Lot de volver la vista atrás.

Su decisión de marcharse, el resplandor del amor que la iluminó, la disposición de que yo me quedara viviendo con su amiga Sofía hasta terminar la universidad, hizo que yo cortara el resto de cordón umbilical. Dejé de llamarla mamá. Pasé a llamarla Valeria.

Los recuerdos jubilosos de la época revolucionaria los tengo guardados como estampas colori-

das en el álbum de mi vida. No dejan de ser lo que son, a pesar de que ahora de la revolución no queda más que la parafernalia, los símbolos, y un viejo dirigente convertido en tirano. No logro que me convenzan las explicaciones de cómo fue que esto sucedió. Valeria se rehusaba a negar la validez de lo que ella y su generación habían vivido. Le costaba admitir que la mediocridad y la ambición de un antiguo compañero hubieran dado al traste con el triunfo de una hazaña admirada en el mundo entero. Los efectos de la transformación de la gesta que había sido su orgullo fueron devastadores para ella. Se fue desmoronando. El pilar que sostenía su identidad se fue llenando de polillas. No sucedió súbitamente. Creo que fue de las últimas que se rindió y perdió las esperanzas de recuperar el fallido proyecto de su juventud.

Ortega volvió al poder en 2007 dispuesto a no volver a vivir otra derrota. En 2018 se llevó la sorpresa de su vida. El país entero alzó trincheras y salió a las calles luego de que una protesta contra cambios en la Ley del Seguro Social desembocara en varios estudiantes asesinados por la policía. Miles de personas en las calles clamaban por su renuncia. Durante esa Gran Revuelta, Valeria regresó a Nicaragua.

Después de terminar la carrera, yo permanecí en el país dispuesta a hacer mi vida independiente de ella. Era profesora de Literatura y Escritura creativa en la Universidad Nacional. Cuando, en

medio de la Gran Revuelta, los estudiantes se tomaron el recinto los acompañé y permanecí atrincherada con ellos. Valeria llegó a buscarme. Vi en su rostro cómo se debatía entre pedirme que saliera de allí o animarme a que siguiera. No se atrevió a dar su opinión. Me quedé con mis estudiantes. Ella optó por colaborar con nosotros. Por una de las entradas del campus, yo salía a recibir las provisiones que nos llevaba. Fue testigo de la solidaridad de los vecinos que también aparecían con víveres. La sentí dispuesta a intentar recuperar y hasta enmendar la revolución perdida. Le expliqué que los jóvenes querían democracia, nada de vanguardias, ni discursos incendiarios, ni liderazgos de potenciales caudillos. No confiaban ya en responder violencia con violencia. Para colmo, al pasado sandinista de Ortega le atribuían la persecución y los crímenes contra ellos. Me dolía ver la leyenda revolucionaria perecer, pero la matanza emprendida por Ortega había cavado su tumba. Sentí pena por mi madre. Creo que empezó a morir cuando se percató de que esa gesta que le dio sentido a su vida se había convertido en humo negro, indistinguible de la perversa era que iniciaron Ortega y su mujer al retornar en nombre del sandinismo para endiosarse en el poder.

Era injusto, reclamaba ella, alegando cuántos habían muerto por derrocar a la tiranía de Somoza; tantos que ella conociera, sus amigos queridos y sus sueños. Poco a poco, sin embargo, se fue

dando por vencida. Menos mal que su relación con Alberto Lizuain, el arquitecto español que llegó a restaurar la iglesia de San Francisco en la Granada nicaragüense, le dio la compañía que atenuó la tristeza de sus últimos años, pero claro que enfermó. Yo me lo temí. Después de 2018 la depresión se abatió sobre su organismo. Un año después de la muerte fortuita de Alberto en un accidente por quedarse dormido al volante, ella pescó una neumonía y tras toda una vida de fumar y ya con las pocas ganas de respirar que tendría, se puso grave y murió en una semana. Apenas llegué a tiempo a Madrid para verla intubada y ya en coma.

Fue un 29 de diciembre. Yo había aterrizado en Barajas el 27. De allí fui directa al hospital de Puerta de Hierro en Madrid. Pude quedarme a su lado. No dejé que me echaran de la sala cuando el monitor del corazón hizo sonar la alarma. Le pedí al médico, después de que la desfibrilaron con las palas y el corazón volvió a latir apenas, que la desconectaran del sinfín de tubos y la dejaran morir en paz. Le pusieron una máscara de oxígeno. Sería cuestión de una hora, a lo sumo, me dijeron; su oxigenación era casi nula. Mi madre, tan fuerte y estoica como fue en su vida, me pareció entonces una imagen de la fragilidad, una criatura desvalida, su cara seria de ojos cerrados, sus manos frías. Yo no sabía qué hacer, pero recordé que, en alguna conversación lejana, me dijo que lo que más

temía de la muerte era la soledad, morir sola en un hospital. Me acosté a su lado y la abracé. Sentí la ternura que imaginé se sentía por un bebé, una emoción que me sacaba de mí misma, que extendía mi cuerpo en un deseo inmenso de envolverla, de acunarla. Y así murió. En mis brazos. Nunca, mientras vivió, sentí tal amor por ella como en esa despedida silenciosa.

Si de algo se ocupó fue de disponer dónde quería que echara sus cenizas. Debía esparcirlas en la hacienda de un tío de la familia, una hacienda de grandes hondonadas brumosas donde se cultivaba café. Allí pasaba ella de niña largas temporadas. Al fondo de una de esas hondonadas manaba sin cesar un ojo de agua y por eso la vegetación era allí tupida y los cedros, los guayacanes, robles y ceibos creaban con su sombra una selva de lianas, arbustos y helechos. Me llevó una vez allí sobre unos caballos un poco maltrechos y viejos. Yo era adolescente. Se volvió hacia mí y me dijo de pronto:

—No se te ocurra enterrarme en un cementerio. Me dejás aquí y aquí me venís a visitar cuando querrás. —Su mandato me estropeó el encanto de ese lugar tan intensamente verde y abundante.

—Ay, mamá, ¡no seas loca! Tan lindo este lugar y vos pensando en morirme.

—No es locura, hija. Uno hace planes para todo en la vida, menos para la única certeza que tenemos, y es la de que nos vamos a morir.

En el tanatorio en Madrid, asistí a la ceremonia en que se enciende el ataúd y uno imagina el fuego atravesando la piel y convirtiendo en cenizas ese cuerpo conocido. La idea de que la enterraran en la tierra le inspiraba pánico a mi madre, le parecía un fin indigno ser pasto de gusanos o peor aún, despertar dentro de esa prisión y no poder salir. Había historias escalofrantes de gente enterrada viva. Ficciones sobre esa parte temida de la muerte.

Volví a Nicaragua con sus cenizas en una sencilla urna de cerámica. Cumplí con su mandato y en ese sitio hermoso, cuando tomé en mis manos el polvo grisáceo y lo repartí en las bases de arbustos y helechos, al borde del musgo, bajo las hojas anchas de los plátanos, acompañada por el silencio del viejo campesino que estuvo atento a mis movimientos, sentí que estaría contenta y en paz. Convertirse en fertilizante no era una mala idea para alguien como ella.

3

Desdoblarme fue un efecto de la soledad.

Penélope, ¿cómo vas a sobrevivir la soledad en esta casa donde los espíritus todavía están calientes y apenas enterándose de que están muertos?

Y la pandemia. El miedo a enfermar. Las noticias. Muerte dentro de la casa y muerte afuera.

Poné música, Penélope. Agarrá tus playlists de Spotify y abrí todas las ventanas; pero no, qué estúpida idea. Hace frío. Estás cerca de la sierra.

Era bonito el barrio, pero si desde antes de la pandemia apenas se veía gente en las aceras, peor ahora. Las reglas del confinamiento eran estrictas. Orden de encierro. Solo se podía salir al supermercado, a las emergencias médicas y, presencialmente, solo a trabajos considerados indispensables. Los que tenían perro podían pasearlo.

La casa donde vivieron Alberto y Valeria queda en Hoyo de Manzanares, nombre poco agracia-

do de uno de los pueblos que rodean Madrid cerca de la sierra del Guadarrama. Se alza al lado de un pinar cerca de la carretera y es una construcción antigua, de piedra, muy castellana, muy diferente a los chalets que abundan en la zona. En el segundo piso, dos habitaciones pequeñas que comparten un baño moderno, en la planta baja está la habitación principal que comunica con el amplio salón con chimenea. Por un pasillo se accede a la cocina también estrecha, pero bien equipada (a Alberto le encantaba cocinar), y a un comedor con dos sillas a un lado y al otro una larga banqueta empotrada bajo el ventanal, con cojines dispuestos para dos o tres personas más. La casa está amueblada con sillones cómodos, cojines de telas alegres y diseños precolombinos que ellos comprarían en Sudamérica, algunos muebles antiguos y objetos de esmalte pintado, cloisonné, chinos, y adornos de plata en las mesas. Contra la pared del fondo de la sala se halla una antigua librería de madera oscura con una base ancha con tres compartimentos cerrados para libros de arte. En los estantes, hay volúmenes en inglés y español; novelas latinoamericanas del boom y de autoras contemporáneas que mi madre compraba religiosamente y una variedad de novelas históricas o de ciencia ficción. Los tomos de sociología y política serían de Alberto. Ella prefería la ficción.

«Es más verdadero que lo otro», solía decirme.

Los techos están cruzados con vigas de made-

ra que hacen juego con los marcos de los ventanales. La vieja casa remodelada conserva su espíritu rural y ocupa un lote doble con jardín, una alberca pequeña y al fondo la casita de huéspedes, construida especialmente para mí sobre lo que, según Alberto, era originalmente una bodega para guardar vinos y salar jamones. Es un pequeño nido acogedor, con chimenea y un estudio que mira al jardín. Pensé acomodarme allí y solo entrar en la casa grande para usar la cocina y el refrigerador durante el día, pero no sé qué obligación imaginaria me hizo instalarme en la casa grande. Para trabajar, ocupé el estudio de Alberto, en cuyo centro hay una estupenda escalera de caracol que él compró en Francia en un mercado de antigüedades. Le da un toque clásico al estudio, pero solo conduce a un desván atiborrado que huele a moho y polvo. En la sala no se me hizo extraña la ausencia de las fotos omnipresentes en casas de familia. Así era Valeria. Tenía solo una foto mía en su tocador, y en la pared que llevaba a su habitación, un póster antiguo con la foto de una enorme multitud en la plaza de Managua el día que triunfó la revolución. «No renegaré de ese día —me dijo alguna vez—. Fue el día más espectacular de mi vida.»

¿Cómo se explicaban ella y los demás el haber permitido que les birlaran lo que les costó tanto? Perder las elecciones por causa de la guerra de la contrarrevolución era comprensible, pero que un Ortega derrotado se hiciese con el partido y vol-

viese al poder a imponer otra dictadura parecía ser el resultado de un encadenamiento de errores que nadie previno.

Me subía el odio a la garganta al recordar el terror de que nos rodearan cientos de antimotines en la universidad. Los francotiradores con sus fusiles Dragunov disparando sin fallar a cabezas y torsos de estudiantes. Vi caer fulminados a varios chicos de diecisiete, de veinte, como fardos, de repente. Todavía debía reprimir el impulso de echarme al suelo cuando oía un ruido fuerte. En Managua cada noche sentía mi lomo arquearse como el de un gato con la electricidad de un miedo irracional. Me pasa igual aquí. Tengo miedo de ella, de Alberto, miedo a que anden todavía rondando esta casa donde fueron felices. «No me acompañen —les digo—, no me acompañen. Estoy sola, pero tranquila.»

Poné música, Penélope.

Hacia las seis de la tarde veía las noticias en el televisor. La pandemia con la hoz desenvainada. Enfermeras y médicos narrando su agotamiento. Las alarmantes noticias de los ancianos muriendo solos en las residencias de mayores. En los mejores casos algún familiar mirando a madres o padres octogenarios a través de los cristales de las ventanas, en ese preámbulo de la muerte donde estaban reclusos. Los aplausos desde los balcones al personal hospitalario cuando salían de sus turnos me ablandaban todo el cuerpo. Me sacudía el llanto por el mundo

entero, por cada tristeza, por la vulnerabilidad de nuestra arrogante y tierna especie.

Para dormir por la noche recurría a las pastillas. En soledad, el tiempo es una presencia palpable. Llegan de puntillas por la mañana, pero calza botas a medida que pasan las horas. Nada como el encierro para conocer el peso específico de sus pasos. Los pies leves de la mañana entran danzando, jugando con las cortinas, saltando por las baldosas. Por culpa del reloj de las costumbres veía llegar el nuevo día y sucumbía al impulso de darme una ducha y arreglarme.

Maquíllate, Penélope, viéndote linda te sentirás mejor.

Es la cronometría anterior a la peste, cuando salía a la oficina o a hacer gestiones caseras.

Pero no pasaban muchas horas antes de que me sintiera tonta.

¿Para qué te arreglas, Penélope?

Lo que no fallaba era el alivio de las cinco de la tarde. Me servía una copa de vino y me daba permiso para el *laissez faire*. Se acababa la culpa, la angustia del día perdido. Me ponía cómoda, me soltaba el sostén, me cambiaba la ropa por pijama o un caftán, tiraba los zapatos.

En la vida normal, amaba esas noches en que no debía cumplir con compromisos sociales o salir a cenar o ir al cine. Hay un hombre en mi vida: Ernesto. Es gregario y apenas resiste el *dolce far*

niente, la dulzura del ocio. Está muy apegado a mí. Segura estaba de que iba de vez en cuando a la oficina, aunque pudiera trabajar desde casa. Saldría, aunque fuera a recorrer las calles en coche, o a comer fuera porque en Nicaragua el Gobierno decretó que seguiría el modelo sueco, la inmunidad de rebaño, y que por ende ni comercios ni escuelas ni aeropuertos ni mercados serían cerrados. La misma gente tuvo que hacerse su régimen de protección, seguir los consejos que las organizaciones civiles difundieron por las redes. Ernesto me estaría extrañando. Yo a ratos lo extrañaba. Era divertido, buen amante, hábil para todo lo práctico, me solucionaba problemas cotidianos y era muy generoso y dispuesto: una joya me pareció al inicio. Nos conocimos en el encierro de la universidad. Él también era profesor. Daba un curso de finanzas. Me conoció en esos días y nos gustamos. Pasaba a menudo a tomar café conmigo o a ver cómo andaban los heridos o las provisiones que nos ayudaba a trasladar desde donde las dejaban nuestros benefactores solidarios. Su seguridad y calma para sacar a un grupo de nosotros del campus, cuando paramilitares pertrechados con armas de guerra recibieron la orden de «limpiar» a tiros las instalaciones, me dejó pasmada. Impidió que entráramos en la iglesia donde se refugiaron muchos (y donde durante toda la noche les llovieron las balas que mataron a dos estudiantes) y salimos por unas veredas, metiéndonos en patios

de las casas vecinas donde la gente nos acogió. Se portó como un líder y nos salvó la vida. En la vida cotidiana, sin embargo —hombre al fin—, necesitaba atención. Hablara de lo que hablara, esperaba que yo fuera su audiencia cautiva. Le fascinaba el «sector», como llamaba al universo financiero. La magia moderna de generar o perder dinero en transacciones cuya lógica a mí se me escapa, a él le apasionaba. Menos mal que sabía enhebrar historias y anécdotas de ese entorno suyo. Me hacía reír. No era quizás el amor de mi vida (idea peregrina de todas formas) pero sabía que mi personalidad tendía a la inconformidad y que no lo reconocería aunque lo supiera. Era mi amigo. Y, como decíamos entre amigas, «me resolvía». Además, tener un hombre en Nicaragua era como tener una suerte de capa contra moscardones. En esa sociedad, una mujer sin pareja era sospechosa de ser insoportable, de que fuera su culpa no tener hombre. Las mujeres independientes parecemos estar rociadas de un líquido impermeable que repele a los machos. Aun así no dejaban de acercárase curiosos atraídos por mi aura de cultivada desfachatez. No me sentía patito feo. Flaca y todo, con mis mechones y mis gafas, tenía mis atractivos y me gustaba sacarlos al sol porque nada odiaba más que el que me descalificaran. Quería que respetaran mi leyenda de iconoclasta, mordaz y brillante mujer de esas a las que hay que acercarse con cuidado. Ernesto había sabido ver a través de

mi pose. Eso, de por sí, me hacía respetar su inteligencia.

Esas semanas de estar sin él, sin embargo, me habían hecho bien. Leía, trabajaba, limpiaba la casa, pensaba en lo mío. Me daba cuenta de que hacía mucho que mi mente carecía del tiempo para abandonarse a las disquisiciones y meditaciones que disfruto conmigo misma. En Nicaragua le entregaba mi tiempo a programar mi día como prusiana. Me ocupaba en evitar lo que me distrajera, pero debía atender el ego necesitado de Ernesto, que insistía en compartir conmigo los constantes descubrimientos de su espíritu gregario, fuera por texto o por teléfono. La distancia y las horas que nos separaban habían vencido esa manía suya, y daban espacio a la quietud de mi espíritu.